

LA MUJER.

REVISTA DE INSTRUCCION GENERAL PARA EL BELLO SEXO.

REDACTORES Y COLABORADORES.

Bautista y Patier (Doña Eladia).
Gimeno (Doña Concepcion).
Gomez de Avellaneda (Doña Gertrúdis).
Troncoso de Jaren (Doña Matilde).

Aguirre (D. Joaquin).
Araujo (D. Jacobo).
Asensio de Alcántara (D. José).
Balaguer (D. Víctor).
Balius Bonaplata (D. Salvador).
Barrantes (D. Vicente).
Bustillo (D. Eduardo).
Caballero de Puga (D. Eduardo).
Campillo (D. Narciso).
Campos y Vasallo (D. Rafael).
Cardaño (D. Primitivo).
Castellanos (D. Julian).
Coll y Moncasi (D. Felix).
Echegaray (D. Miguel).

Feliu (D. José).
Fernandez Florez (D. Isidoro).
Fernandez Neda (D. Rafael).
Fragoso (D. Fernando).
Fuenmayor (D. Vicente).
Galdo (D. Manuel Maria José de).
García Gutiérrez (D. Antonio).
García Sanchez (D. Ramon).
Gimenez Cordon (D. Julian).
Gil Sanz (D. Alvaro).
Gonzalez Pitt (D. Alfredo).
Henaó y Muñoz (D. Manuel).
Hoz (D. Santos de la).
Llavería (D. Antonio).
Martin Albo (D. Benito).
Martinez Pinillos (D. Roman).
Massa Sanguineti (D. Carlos).
Moncasi (D. Manuel Leon).
Moreno López (D. Carlos).

Moya (D. Francisco Javier).
Ortiz de Pinedo (D. Manuel).
Palacio (D. Manuel del).
Peña y Goñi (D. Antonio).
Pirala (D. Antonio).
Pontes (D. José Maria).
Rodriguez Hubert (D. Venustiano).
Rodriguez Seoane (D. Luis).
Rodriguez y Ramirez (D. Federico).
Rovira y Valdés (D. Pablo).
Ruiz Aguilera (D. Ventura).
Saco (D. Eduardo).
Sanromá (D. Joaquin Maria).
Sardoal (Sr. Marqués de).
Sepúlveda (D. Ricardo).
Sequeiros (D. Camilo).
Tomeo y Benedicto (D. Joaquin).
Valera (D. Juan).
Zacarias Cazorro (D. Mariano).

Directora, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

La mujer de ayer, la de hoy y la de mañana, por Doña Faustina Saez de Melgar. — *Consideraciones*, por D. Ramon Garcia Sanchez. — *Las Ciencias*, por D. E. Caballero de Puga. — *Rejas, Gratitud, Benditas sean*, poesias de D. J. Asensio de Alcántara. — *Cuatro palabras á Victor Hugo*, por Doña Elena Cerrada. — *El palacio de las Tullerías*. — *Crónica martinense*, por D. Venustiano Rodriguez Hubert. — *Charadas*.

LA MUJER

de ayer, la de hoy y la de mañana.

ARTÍCULO PRIMERO.

(En los antiguos tiempos solia acompañar la virtud á la ignorancia; en los presentes la ignorancia está en armonía con la vanidad y con el vicio; en los venideros, al calor de la civilizacion, triunfará el reinado de la virtud.)

El título y las líneas que encabezan estos artículos demuestran cuál es el tema que me propongo desarrollar; las costumbres antiguas y modernas han tenido siempre muchos apologistas; pero muy pocos la mujer, que aparece en la creacion en segundo término; pero marcando desde luego la influencia decisiva que habia de ejercer en el hombre, en la sociedad y en la familia.

Este incontrastable poder, esta tendencia incontrovertible de nuestro sexo no le han tenido en cuenta las generaciones pasadas, no le tienen tampoco las presentes, á pesar de que nuestra madre Eva se lo demostró bien claro al hacer comer á Adán de la fruta prohibida, y ciegos han estado y continúan estándolo ante esa verdad innegable, cuando prefieren á la instruccion que embellece y

adorna á la criatura, tenernos sumidas en las tinieblas de la ignorancia.

Y esto en pleno siglo xix. Refiérome solamente á este pequeño rincon de Europa, que se llama España, donde el atraso es tan grande que aún le asusta el silbido de la locomotora, aún tiembla sin atreverse á adoptar los adelantos de otras naciones, y marcha paso á paso, tan pronto avanzando como retrocediendo, con la pretension quizá de enlazar en una cadena los eslabones del pasado, del presente y del porvenir.

Abramos la historia y veamos desde las primeras páginas á la mujer pagana sometida al imperio del hombre, véamosla en perpétua esclavitud, siguiendo maquinalmente el impulso de rotacion que la encadena á las leyes del universo; no tiene voluntad, no tiene iniciativa; el hombre en su potente orgullo se arroga todos los derechos, ninguno concede á la que es la mitad de su vida, á la que con voluntad y con inteligencia pudiera someterle á su vez, encadenándole á su poderoso yugo.

Instrumento de placer, de necesidad ó de lujo, pasa por todas las gradaciones, sin conocer otra ley que la del más fuerte, y de humillacion en humillacion llega hasta los tiempos de Jesús. Aparece el cristianismo como esplendente aurora disipando nieblas. Entre los purísimos albores de esta religion sacrosanta se presenta María; radiante de luz y de ternura, ya no es la sierva que doblaba su cabeza al peso de la mirada del

hombre; considerada como Madre del Salvador del mundo, adquiere una influencia legítima, se levanta de las tinieblas, disipa los errores y levanta con ella á la mujer cristiana. Ha concluido la sierva, ha empezado la esposa y la madre su mision de caridad, de paz y de amor.

El derecho de la mujer es ya evidente, nadie puede negársele; pero todavía se le disputa: era necesario que un mal peor que todos los males, que una tendencia funesta se apoderase del espíritu humano, el fanatismo. Ese espectro mil veces más horrendo que la antigua servidumbre á que la mujer estaba sometida, vuelve á apoderarse del sentimiento femenino, le encadena y le somete á la negacion de la luz. No ha sonado todavía la hora de la redencion.

Las vicisitudes de los siglos, el choque de las ideas, el encadenamiento de las pasiones y la natural influencia de los sentidos y de la humana organizacion, llegan á formar las costumbres de los pueblos. La sociedad se lanza por una peligrosa corriente, y el espíritu del mal se cierne en los espacios, amenaza nuestras cabezas, y pretende invadirlo todo. La mujer pudiera neutralizar su pernicioso efecto; pero la mujer creada por el fanatismo, no puede nada; es ciega, es impotente para contrarrestar el mal; su influencia se deja sentir, no benévola y generosa, como lazo de union cual áncora salvadora, sino en sentido opuesto, fomentando el mal con el desbordamiento de sus perniciosas ideas. Nada sabe, nada le han enseñado, sólo á temblar al sonido de misteriosas palabras que no comprende; cierra los ojos, deja obrar al espíritu que la domina. Él es el brazo, ella el instrumento, él la cabeza que piensa; ella la voluntad que se doblega y obedece.

Empero no obedece siempre; sigue el rumbo que la señalan cuando hablan á su inteligencia, que limitada y pobre no ha podido ensancharse en dilatados hemisferios; mas no toquen á su corazon, no quieran apoderarse de sus instintos. En todos los tiempos la sensibilidad ha sido el alma de la mujer; sus pasiones se han estendido bajo el velo fatídico que envolvía su razon, y de aquí el vicio con la ignorancia encarnado en la materia.

Las costumbres, léjos de reformarse, tienden á un desquiciamiento social.

Ved la mujer, no iremos muy léjos, en Europa; vedla en Roma en una época de funesta celebridad, cuando los Borgias. Vedla en Francia en el reinado de Luis XV, en Inglaterra en el de Enrique VIII, en España en el de Cárlos IV. ¿La sociedad en estas épocas era un dechado de virtudes? No. Replegada la moralidad y la candidez á las pequeñas aldeas, eran las córtes que acabo de citar centros de estragadas costumbres, donde la mujer ignorante y llevada de un fanatismo intransigente, era la piedra fundamental de todos los males.

No podré citar en ellas, como en los antiguos tiempos, damas, que á pesar de la falta de ilustracion tenian virtudes para guiar á sus hijos por el camino de la justicia y de la santidad, siendo buen ejemplo las madres de San Luis, Rey de Francia, y de San Fernando de España. En los tiempos antiguos solia acompañar la virtud á la ignorancia. En los presentes la ignorancia está en armonía con la vanidad y con el vicio.

La mujer regenerada por el cristianismo no ha empezado todavía á ejercer su noble ministerio, no puede empezar, ni empezará hasta que el hombre acabe de aprender la leccion que le dió en el Paraíso nuestra madre Eva. Cuando comprenda la influencia que la mujer ejerce sobre él, cuando sienta en su corazon la necesidad de que esa legítima y suave atraccion sea encaminada hácia el bien, hácia la luz y hácia la verdad, cuando deshechas las preocupaciones que hoy le embargan, destruido el amor propio que le impide reconocer tácitamente en la mujer ese dominio que siente sin embargo en el fondo de su propio pecho, entonces, cayendo la venda de sus ojos, no podrá menos de reconocer nuestros derechos, concedérmolos y decir á la que llama su hermosa mitad: «Levántate, mujer, yo te rehabilito; abierto tienes el gran libro de la naturaleza; aprende: no estarán ya para tí cerrados los arcanos del saber; que tu conciencia sea tu norte; ella te dé luz y poder para cumplir tu mision sobre la tierra, tu mision de amor y de paz siendo del hombre la amante compañera y no la sierva.»

Esto dirá el hombre en día no lejano, y

ante tan risueña perspectiva podremos esperar que no sea como hoy, la desgracia patrimonio de la virtud y de la inocencia, atreviéndonos á profetizar con justicia, que al calor de la civilizacion triunfará el reinado de la virtud.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

CONSIDERACIONES.

Cuando las clases todas de la sociedad tienden á su perfeccionamiento, y algunas de ellas á la emancipacion de la tutela en que hasta hoy han vivido y á las que en cierto modo viven sujetas todavía, es natural que la mujer, á pesar de la debilidad de su sexo, aspire á mejorar sus condiciones, armonizándolas con esa ley eterna é inmutable del progreso, que es el iris de la humanidad y la base de la civilizacion de los pueblos.

Las sociedades modernas, al inspirarse en el espíritu de libertad que es innato en todos los séres, han tenido que romper, para mejorar su estado, usos y costumbres, leyes y tradiciones, lazos, en fin, de todo género, que las sujetaban y oprimian vergonzosamente.

Cayeron las instituciones paganas que el politeísmo habia levantado en los primeros albores de la vida de la humanidad; olvidáronse las costumbres patriarcales de los pueblos del Oriente en sus primitivos tiempos; pasaron las civilizaciones griega y romana; borráronse de los códigos político-sociales las leyes de raza y de castas, y con ellas los privilegios señoriales que se crearon en los tiempos del feudalismo; rompiéronse las prácticas odiosas del fanatismo religioso; en una palabra, todo ha cambiado en el modo de ser de la sociedad humana por efecto de las continuas revoluciones, y por la idea del progreso que venía elaborándose desde los primeros dias de la creacion.

Ya no hay párias, ya no hay esclavos, ya no hay pecheros ni plebeyos, y el mundo civilizado aspira tambien á que no haya *negros*, sino hermanos de los *blancos*.

¡Y sin embargo, hay un sér débil y hermoso por naturaleza, privilegiado con los dones del cielo cuyos sentimientos son la caridad y el amor; cuyas aspiraciones tienden siempre al bien y á la felicidad del género humano, que no ha adelantado todo lo que debiera en el camino de su prosperidad y de su engrandecimiento: LA MUJER!

No es la mujer hoy un objeto de lujo y de regalo como en los dias de la disoluta córte de los Césares romanos; no es la esclava griega vendida en las plazas públicas; no es la odalisca del Oriente, ni la castellana de la Edad Media; es la mujer cristiana, sí; pero á la que están cerradas las

puertas del saber y de la gloria, por efecto de una anomalía inconcebible, que parece más estraña cuando se considera la grande influencia que ejerce en el hogar doméstico.

La mujer es hoy respetada, querida y admirada por sus virtudes; es la reina en la familia y en la sociedad, y sin embargo no es completa su emancipacion, y puede mucho mejorarse su estado.

Para conseguir tan loable fin, nada mejor que la instruccion, tan ajena por desgracia del bello sexo.

Ensanchar la esfera de sus conocimientos; señalarla nuevos horizontes; marcarla nuevas y floridas sendas por donde puede llegar, como el hombre, al templo de la inmortalidad y de la gloria; hé aquí la obra de la humanidad en el siglo XIX.

Y al hacer que la mujer se instruya convenientemente, trabajando su inteligencia y cultivando sus inapreciables dotes, no sólo contribuimos al mejoramiento moral y social de esa hermosa mitad del género humano, sino que esa instruccion redundará en beneficio de la sociedad entera, en la que tanto predominio ejerce la compañera del hombre.

La creacion de centros de enseñanza, artísticos y literarios, ha de contribuir mucho á esa regeneracion de la mujer, pero más y mejor aún, la propagacion de las escuelas públicas y de primera enseñanza, á las que debe tender una mano protectora todo buen Gobierno, mejorando la condicion de las maestras y proporcionándolas medios para la instruccion de que hoy carecen por el abandono en que han vivido.

En este punto no descansaremos un sólo instante, clamando sin cesar porque se atienda á las necesidades de esas escuelas, especialmente en provincias, porque esas primeras luces que la niña recibe á su entrada en la vida, deben ser la base de una educacion en armonía con los nobles sentimientos del corazon de la mujer, á los que más tarde ha de dar expansion en los dias de su adolescencia.

Hora es, pues, que la mujer salga de la reducida esfera en que hasta hoy ha lucido su virtud y su belleza, y pueda, agitándose en otra más amplia, lucir tambien su ciencia y su talento, contribuyendo con sus nobles y valiosos esfuerzos á que la sociedad camine sin la menor trégua por la senda del deber, de la moralidad y del progreso.

RAMON GARCIA SANCHEZ.

LAS CIENCIAS.

El estudio es indudablemente lo más grande y magnífico que existe.

Con su auxilio traspasa el hombre esos estre-

chos límites en que parece le ha encerrado la naturaleza, y él con su mágica influencia le sirve de un guía fiel y seguro que, conduciéndole de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, de reino en reino, le hacen habitante de todos los países, ciudadano de todas las naciones, y convirtiéndole en un verdadero cosmopolita, le dan paso por todo el universo.

Nada hay que más gloria dé, ni con más prodigalidad remunerere los sacrificios que por el estudio se hacen, que las ciencias.

Amigas y compañeras inseparables del hombre que á ellas se dedica, le orientan, le familiarizan, por decirlo así, con todas las religiones; le aclaran los sistemas de gobierno; le instruyen en las leyes; le dan á conocer las costumbres de todos los países, de todos los tiempos, de todas las edades; le descubren los inmensos arcanos de la naturaleza, y abriendo, en fin, ante él las inagotables fuentes del saber, hacen de un solo hombre una figura colosal que abarca el orbe.

Las ciencias, podríamos decir que no reconocen límite en su existencia, pues cada día más grandes, en su rápida carrera se elevan hasta lo infinito, y parece ha de llegar un tiempo en que nó éste á las ciencias, y sí ellas á aquel, han de marcar el límite de su existencia.

¿Quién podrá negar la existencia de las ciencias, ni donde irá el hombre que no encuentre nuevos objetos en que estudiarlas? Donde quiera que vaya, en cualquier parte del mundo en que su vida se deslice, la sábia naturaleza le mostrará nuevas producciones, nuevos fenómenos, nuevas maravillas. En los estériles desiertos y en los fecundos bosques, en lo alto de los montes y en lo profundo de los valles, en la orilla del apacible arroyuelo y sobre la inmensa faz del agitado Océano, encontrará nuevos y distintos objetos de estudio. ¡Sí! porque ¿cuál es el sitio de la tierra en que las ciencias con su rápido progreso no nos muestren un nuevo sér que describir, una nueva propiedad que reconocer, ó un nuevo fenómeno que descifrar? ¿Ni cuál es la nación que trasportando, multiplicando y elevando á mayor grado de perfección las máquinas agrícolas é industriales, dando al comercio nuevas y numerosas producciones, no se la pueda dar vida y animación?

Cuanta verdad demuestra la filosofía sobre la conveniencia del estudio, es poca á manifestarnos las grandes utilidades que reporta el de las ciencias. Ellas, no sólo nos demuestran la religión, los gobiernos, las leyes, las costumbres de todos los países, sino que nos proporcionan sus adelantos, sus industrias y sus productos, y con esto el conocimiento de los mejores gobiernos, la industria, la perfección de las artes, el tráfico, el co-

mercio, y en suma, la civilización, la riqueza y la felicidad de los pueblos.

Por semejantes razones, y convencidos de la verdad de estos asertos, en otros tiempos nuestros antepasados, movidos de una noble emulación, y envidiosos de la gloria de Atenas y de Roma, trataban de imitar á aquellas repúblicas. Si hoy los modelos de sabiduría, de generosidad y de amor á la pátria van siendo cada vez más raros, es porque la indolencia, el egoísmo y la vanidad de nuestro siglo, han hecho perder casi por completo la afición al útil é indispensable estudio de las ciencias.

E. CABALLERO DE PUGA.

REJAS.

Ventanas son tus ojos
por donde asomó un día
el alma tuya á provocar enojos
llenando de pesar el alma mía.

Al ver que se valió de tales mañas,
por caer sobre mí vertiendo quejas,
dije á Dios, con pesar de mis entrañas:
—«Señor; á esas ventanas poned rejas.»—
Y lo son de esos ojos... tus pestañas.

GRATITUD.

Al ver los ruiseñores
del bosque solitario
que ofrece oculto nido á sus amores
el viejo campanario,
su arpada voz levantan
y el viento lleva al bosque lo que cantan.
Sencilla campesina; tú, que sabes
agradecida ser: si en tu vivienda
halla asilo el mendigo que lo implora
y lo que es gratitud acaso ignora,
no le dejes partir hasta que aprenda
ese dulce concierto de las aves.

BENDITAS SEAN.

—«De las mujeres, reniego» —
le dice Diego á Segundo.
Y éste le contesta á Diego
dando un suspiro profundo:
—«Por ingrato no mereces
que te profese amistad.
Tu madre es mujer.

—«Verdad!...
¡Benditas sean mil veces!»

J. ASENSIO DE ALCÁNTARA.

CUATRO PALABRAS Á VÍCTOR HUGO.

Soy muy aficionada á leer, cosa á veces que me pesa. Hoy por ejemplo al sacar unas madejas de algodón para ponerme á hacer media, mi vista se fijó involuntariamente en un suelto, de los que contenía el trozo de periódico en que estaban envueltas aquellas. El suelto en cuestión decía: desde 1.º de Junio aparecerá el periódico LA

MUJER, dirigido por Doña Faustina Saez de Melgar.

Y hé aquí que me he dicho: ¿de qué puede tratar un periódico que se titula LA MUJER y dirigido por una idem como no sea de moralizar las costumbres por medio de la influencia de la misma en la familia? Imposible es que tenga otra tendencia.

Bajo esta impresión la pluma se me vino á las manos llevada del propósito de escribir un artículo.

¡Un artículo yo! La idea y más que esta la realización de este deseo, se me presenta imposiblemente colosal.

Pero ¿quién se apura teniendo como yo sobre el velador en que trabajo una novela cuyo título simboliza todo un génio literario? Puedo disponer hasta cierto punto nada ménos que del baston de Balzac. Baston mágico, con el cual el héroe de la escuela consigue las riquezas y la posesion del verdadero amor. Preciso es que yo invoque su maravillosa influencia para salir adelante con mi empeño. Nada más natural que teniendo por mentor un baston propiedad de un francés y escrita la novela por una señora francesa tambien, Mme. Emile Girardin, se me presente á la imaginacion los horribles acontecimientos de París, que solo oír hablar de ellos causan escalofrios.

No puedo pasar de aquí sin hacer un llamamiento á todas las mujeres en general, y más particularmente á las que dediquen sus trabajos al periódico LA MUJER; para que conmigo protesten y rechacen como estrañas á nuestro sexo á esas furias incendiarias, escoria de la humanidad. Nó, y veinte veces nó; esas no son mujeres, son errores de la naturaleza, que tomaron nuestra forma. Por mucho que se reflexione, no se encuentra excusa á la idea que puede haberlas conducido á esos infames actos que nos refieren los periódicos. ¡Qué mujer honrada, quién de ellas que tenga sentimientos cristianos, es capaz, aun que se trate de salvar á un ser querido, de sacrificar la vida y la hacienda, el porvenir tal vez de toda una familia inocente, desconocida y que ningun mal le hizo nunca! Una madre, una hija, una hermana, sacrificará su existencia, quizá su honor, llegará por el dolor á la locura, todo en fin de lo que de ella dependa; pero es imposible que en su lucha se despierten esos instintos monstruosos, cuyos resultados advierte la conciencia ménos levantada habian de ser en todo caso la muerte para quien llevase la intencion de salvar: y la peor de todas las muertes, porque la más desconsoladora debe ser aquella que vaya acompañada de remordimientos.

¡Cuánto daría yo en estas circunstancias por

realizar las maravillas del baston de Balzac ó ser simple amiga de Víctor-Hugo, como admiradora lo soy de su inmenso talento!

Sí quisiera ser amiga suya para decirle: Señor; ¿cómo es posible que vos que habeis anatematizado los horrores de la guerra con argumentaciones tan asombrosas y convincentes; cómo vos que habeis probado con cálculos de álgebra los millones que al cabo del año gastan las naciones en pólvora para hacer salvas, mientras se mueren de frio y hambre innumerables infelices; cómo vos señor, que sabeis hablar tan elocuentemente al corazon y que al principiar la guerra franco-alemana hicísteis un llamamiento tan noble á las señoras de la poblacion donde estábais, para decirles *reunamos las sábanas y camisas que no sirvan á nuestro uso y convirtámoslas en hilas que divididas en partes iguales mandaremos, una á nuestros compatriotas y la otra mitad á los ejércitos alemanes, como hermanos que somos de todo el que sufre y padece!* ¡Cómo vos, señor, despues de repetir tan sublimes palabras marchais á París y en vez de inculcar con la mágica de vuestro talento, la paz y conclusion de la guerra, y con ellas poner en práctica las hermosas máximas que habeis escrito, os habeis dejado llevar de una idea de falsa dignidad y habeis dicho *muramos bajo los muros de nuestro París antes que entregarlo al enemigo!*...

Yo respeto mucho todo lo que Vds. los hombres llaman dignidad política, pero creo (y como yo probablemente pensarán todas las mujeres) que la más respetable dignidad es aquella que conduce á los resultados más humanitarios. Así sin meterme en cuestiones de política, en que nada entiendo, me atengo sólo á los sucesos sangrientos que alcanzan á conmover, hasta los temperamentos ménos impresionables y que estamos presenciando con espanto.

¡Quién fuera Victor Hugo! vuelvo á esclamar, ó alguno de esos otros génios de la inteligencia humana. ¡Cuánto bien esparciria con mi palabra entre esas masas de hombres bestiales, para vencer sus instintos feroces! ¡Sobre todo me dirigiría á las mujeres; para decirles corred al encuentro de vuestros padres, de vuestros hijos, de vuestros hermanos, y quitadles las armas de las manos por medio de vuestras súplicas; y con el sencillo razonamiento del cariño, hacedles reflexionar sobre el mal que causan, malo á los ojos del mundo y peor á los ojos de Dios!

¡A las mujeres me dirigiría siempre, para enseñarlas los medios de vencer las malas pasiones de los hombres!

¡Pero qué hacer yo, ¡Dios mio! si no puedo convertirme en uno de esos seres privilegiados

para esparcir con la palabra y la práctica, el bien y nada más que el bien?

No sé por qué en este momento, una reflexión estraña me preocupa de pronto, casi me atrevería á calificarla de una decepcion, pues triste es que haya tan poca armonía entre la inmensidad de talento y de vasta inteligencia, en un Victor Hugo, y con él, todos los que se encuentran á su altura moral y su naturaleza humana. Voy á explicarme: comprendo que por razones respetables de familia, de política, de circunstancias; tal vez cediendo á un presentimiento de los sangrientos dramas que se preparaban, y que sólo el valor físico de un solo hombre no podia evitar, comprendo, repito, que se hayan alejado de París esos hombres que tanta influencia tienen sobre los demás, y lo comprendo doblemente en Victor Hugo; es más lo aplaudo, porque una existencia que encierra tan grandes tesoros de sabiduría es doblemente preciosa que la de cualquiera otro.

Pero así como aplaudo su alejamiento, no comprendo su mudismo, ¡él, que tanto podia hablar al corazón de todos, por medio de la prensa; repitiendo sus cristianas filosofías, llamando á la paz, al orden y al perdón, á todos y por todos!

Si mi débil voz alcanza á hacerse oír por vosotras todas, hermanas mías, sin distincion de clases, repetid como yo lo hago con los seres que me rodean; que la verdadera felicidad no consiste más que en la tranquilidad de conciencia, en el trabajo, en proporcion relativa á las condiciones del individuo y de su estado, y en el cumplimiento del deber, con el prójimo y con uno mismo.

Decid todas á los hombres que os rodean, que las armas sólo están bien en las manos de los soldados, únicos como la historia y los acontecimientos nos lo prueba, capaces en momentos críticos de salvarnos del peligro. Sí, repetídesles como yo lo hago, que las armas para nada sirven mas que para aquel que dedique su vida y sus estudios á la carrera militar; á los demás quitádselas siempre con la bondad y la persuasion, y aunque os digan que las quieren sólo para salir al campo, como ellos dicen, á *divertirse* matando pajaritos.

El principal deber de la mujer es el de destruir en lo posible las rebeldes pasiones del hombre, desarrollando á la vez el deber para con sus hermanos, y horror á todo lo que sea contrario á la humanidad.

Juzgo que para llegar á este fin no se necesita ni ser erudita ni literata. Las más grandes virtudes se desarrollan por regla general en medio de los actos más vulgares de la vida.

Voy á citar un corto ejemplo. Circunstancias ajenas á la voluntad de una, han hecho que mi existencia hoy se deslice entre una familia com-

puesta de niños, hombres y criados. Los primeros han perdido á su madre y cada uno de ellos presenta un carácter diferente. Voy á citar el más vulgar: es un niño de 12 años, de un génio fuertísimo y atrozmente comilon, en términos que llegadas las horas de sentarse á la mesa, desde la sopa á los postres, aunque se sirva veinte platos, no sólo come de todos, sino que repite de cada uno de ellos una, dos y tres veces.

Yo le contemplo en silencio, ínterin comprendo come más allá de lo que necesita la economía animal para restablecer sus necesidades, y casi le dejo que coma hasta los límites de una segura indigestion (que por fortuna no padece) y de pronto le detengo diciéndole: Enrique, si tú fueras criado y estuvieses sirviendo á un amo tan gloton como tú, que mientras él se hartaba te dejaba á tí una mísera racion: ¿te gustaria?—Nó, me contesta el niño que al pronto no comprende el sentido de mi pregunta.—Pero yo me apresuro añadirle:—Pues mira, niño, figúrate que en vez de ser un señorito de la casa, eres el criado y te dejan sin comer...

De diez veces que este diálogo se entabla, las nueve consigo que la mano del niño, pronta á servirse por tercera vez, abandone la cuchara voluntariamente y sin enojo, reprimiendo su *tragonería*.

Suplico se me dispense esta frase á aquellos que me honran leyendo esto que no sé si al fin podrá ser artículo, pero que desde luego está dictado con la más sana intencion.

ELENA CERRADA.

EL PALACIO DE LAS TULLERÍAS.

Hoy que ha sido incendiado por los insurrectos de París el palacio de las Tullerías, creemos muy de oportunidad la siguiente descripcion de tan suntuoso edificio.

En el sitio que ocupa este palacio habia hace cuatrocientos años una fábrica de Tejas, Tuiles en francés, y de aquí procede el nombre de Tullerías. En 1518, Francisco I, compró una casa que habia allí, y se la regaló á su madre Luisa de Saboya para que fijára en ella su residencia, porque creía que le era perjudicial el aire del palacio de Tournelle. En 1525, la princesa se lo regaló á Juan Tieralin, que la vendió á Catalina de Médicis, esposa de Enrique II. Esta reina le engrandeció mucho; sus dos arquitectos Delorme y Bullant hicieron el pabellon de en medio, los de las dos alas contiguas, y otros dos cuerpos de edificios; pero el palacio no llegó á ser verdaderamente régio hasta el tiempo de Enrique IV. Su arquitecto Ducerceau le terminó por los dos grandes pabellones de Flora y de Martua. Tam-

bien mandó este rey empezar la larga galería que une el Louvre con este palacio; y suspendidos los trabajos á causa de su muerte, concluyeron en tiempo de Luis XIII. Al advenimiento de Luis XIV, se dió orden á Sevean y Orbay para que corrigieran los defectos más notables de la fachada, y lo pusieron todo en armonía, y desde entonces hasta Napoleon ha habido pocas adiciones notables, á pesar de los cambios de gobierno ocurridos desde 1789 á 1800. En 1808, el emperador mandó que se construyera la galería septentrional que corre por la calle de Rívoli y que debe unirse al Louvre. Despues de la revolucion de 1830, Luis Felipe hizo mejoras considerables. Mandó construir una nueva escalera, y con este motivo hubo que avanzar la fachada de en medio al jardin. Tambien se practicó en este una separacion por medio de una reja, dejando sólo para la familia real una parte contígua al edificio, bajo cuya ventana pasaba antes la gente. Esta parte es el encantador parterre que agrada á los que le ven. Ahora se continúa la obra proyectada por Napoleon.

A las habitaciones públicas del Rey, situadas en el primer piso, se entra por el pabellon del reloj ó por el de Flora; la entrada á las habitaciones privadas, que se hallan situadas en el patio de enmedio, es por el pabellon de Flora: con estas habitaciones comunican las que ocupan las señoras. Al Norte, en la calle de Rívoli, está el pabellon Marsan; y saliendo del pabellon de Flora se encuentra la Sala de Bayles, despues la del Trono, la del Consejo y la de los Mariscales. Esta última tiene un balcon al jardin y otro al patio; en ella se ven los retratos de cuerpo entero de los mariscales vivos, y los bustos de la mayor parte de los generales que se han distinguido en la guerra.

El jardin de las Tullerías, que ocupa unas treinta y cinco hectáreas, y que en tiempo de Luis XIII estaba separado del palacio por una calle, se debe al plan de Lenostre, arquitecto de Luis XIV. Presenta grandes calles paralelas, con filas de árboles cortados, unos formando caprichosas figuras, y creciendo otros á toda su altura, adornado con bonitos saltos de agua. Allí se ven varias estátuas, salidas del cincel de los primeros artistas. Entre otras, se distingue un Phidias de Pradier, un Spartaco de Joyatier, un Pericles de Debay, un Temístocles de Lemaire.

El patio del palacio está cerrado por una reja de hierro, que se apoya sobre un muro de sostenimiento, y el centro presenta un arco de triunfo que dá á la plaza de Carrousel, erigido en 1806 por el Emperador, á semejanza del de Séptimo Severo en Roma, con caballos corintios, semejantes á los de la plaza de San Márcos en Vene-

cia. Este monumento, debido á los dibujos de Fontaine y Percier, tiene 15 metros de altura, 20 de ancho y 6 de espesor. Se compone de 3 arca-das, con una transversal. Como fué elevado á la gloria de los ejércitos franceses, tiene muchas estátuas representando militares de diferentes armas. El carro de cuatro caballos, colocado en el remate, es de bronce, obra de Bosio, y es de un grande efecto.

Hoy está convertido en ruinas por la terrible mano de los sectarios de la *Commune*.

Debida á la bien tajada pluma del Ilmo. Señor D. Francisco Javier de Moya, diputado á Córtes y director de Estadística, se ha publicado el primer tomo de la interesante obra que titula *La Infalibilidad del Papa*.

Esperamos verla concluida muy pronto, y entonces nos ocuparemos de ella con el detenimiento que merece; concretándonos entretanto á unir nuestros plácemes á los que la prensa unánime ha tributado al eminente escritor y nuestro distinguido amigo Sr. de Moya.

El domingo próximo tendrá lugar en el teatro de Lope de Rueda una escogida funcion á beneficio de una familia desgraciada.

Las obras que se pondrán en escena son originales de una conocida escritora de Madrid.

Los billetes para la funcion que debia haber tenido lugar el dia 4, y que fué suspendida por indisposicion de una actriz, son valederos para la que ha de celebrarse el domingo próximo.

Los periódicos de Tudela han publicado, y los de Madrid han reproducido la carta que S. M. la Reina dirigió al dean de aquella catedral, y que testualmente dice así:

«Señor dean: Acabo de saber en este momento las terribles desgracias que han ocurrido en esa ciudad, y sin perjuicio de hacer lo que pueda por las familias que más lo necesiten, envío á usted 20.000 rs., para que me haga el favor de socorrer por de pronto á los más desgraciados.

»Cuento con la caritativa cooperacion de Vd., y deseo sus consejos.

»Reciba, señor dean, la espresion de mi consideracion.—*María Victoria*.

»Madrid 4 de junio de 1871.»

Los Monarcas que con tanta solicitud velan por la suerte de los pueblos, se hacen dignos de la gratitud y cariño de sus súbditos, floran el más brillante de su régia diadema.

CRÓNICA MATRITENSE.

Una semana ha trascurrido desde que apareció en el estadio de la prensa nuestro periódico, y la lisonjera acogida que le han dispensado, lo mismo en Madrid que en provincias, nos impone el deber de patentizar públicamente nuestra sincera gratitud.

Una semana, en cuyo periodo, hé aquí los acontecimientos más dignos de mencionarse que han tenido lugar. Voluble y desigual el estado de la atmósfera, como

variable y estremada la temperatura, volvemos á respirar los calores y ambientes neutralizados por las condiciones de nuestro clima y las cualidades de la estacion actual.

Se celebró la procesion del Corpus con admirable esplendor, contribuyendo al mayor fausto, la presidencia de S. M. el Rey y la asistencia de su simpática esposa, que presencié dicha festividad desde el balcon de las Casas Consistoriales.

Las Minervas de San Pedro y San Martin y la verbena de San Antonio tuvieron lugar, tan concurridas como siempre, estas fiestas tradicionales.

Circularon, entre otras noticias más ó ménos absurdas, los nuevos planes de rebelion carlista, los conatos de fusion entre las dos ramas borbónicas, cuyo antagonismo puso de manifiesto la revolucion de Setiembre, y los proyectos de los neo-católicos para conmemorar el vigésimo quinto aniversario de la exaltacion de Pio IX á la silla de San Pedro.

La noche del 10 se representó en el teatro de la Zarzuela, á beneficio del Sr. Salas, la ópera de Mercadante *Leonora*, en la cual el beneficiado recibió coronas, ramos y aplausos, como prueba de las simpatías que goza tan eminente artista entre los *dilettanti* madrileños. Y á propósito de esta obra, cúmplenos exponer nuestra humilde opinion. La música tiene bellezas propias del reputado compositor; pero el arreglador del libro parécenos que pudo sacar más partido en su desempeño. Los actores dijeron su papel, notándose en la Sra. Trillo de Quilez cierta decadencia en la voz que admiramos en otro tiempo, y un tanto pálida en la escena. Esperamos ver corregidas estas faltas de arte; pues la voz no constituye al artista; y especialmente el tercero y cuarto acto, precisan más calor, más viveza y más propiedad que la Sra. Trillo imprime en todas sus escenas. Sin embargo de todo, una numerosa y escogida concurrencia ha asistido y tributado con estremada galantería sus aplausos á los artistas de Jovellanos en las noches posteriores que se ha representado *Leonora*.

En el teatro de Madrid hemos visto *Las Amazonas del Tormes*, haciendo la empresa cuanto pudo para que la zarzuela ofreciera alguna novedad, y sus esfuerzos son recompensados por los numerosos espectadores que llenan sus localidades diariamente. El coro de señoritas salió primorosamente vestido; Zamacois y Checa no dejaron nada que desear, y Jimeno y Carceller estuvieron inspirados. *Entre mi Mujer y el Negro* ha sido tambien admirablemente representada, concluyendo la funcion todas las noches *El Espíritu del Mar*, baile que tiene el privilegio de agradar cada vez más, y de proporcionar á la señorita Pinchiara repetidos triunfos. El Sr. Rivas, ávido de corresponder agradecido á los favorecedores de su teatro, pondrá en breve en escena la ópera, cuyos ensayos están muy adelantados, titulada *Haydée*, bajo la direccion del Sr. Barbieri.

La empresa del circo de Price, no obstante los nuevos y variados espectáculos que viene dando, ha contratado veinte artistas de ambos sexos, procedentes de los principales circos de Inglaterra, Alemania y Suiza, notables en los ejercicios ecuestres, gimnásticos, acrobáticos y de equitacion, y con ellos clowns y amazonas que no dudamos llevarán al favorecido circo de Mr. Price, inmensa concurrencia.

En el teatro de la Alhambra se puso el sábado en escena el drama en tres actos *La Aldea de San Lorenzo*, donde el Sr. Chas y la señorita Alonso dieron pruebas de su talento, recibéndolas del complacido y numeroso público que asiste al coliseo de la calle de la Libertad.

Los Campos Eliseos empezarán de hoy á mañana los

nuevos espectáculos que el laborioso empresario Sr. Arderius se propone dar simultáneamente. Estos se compondrán de una compañía de declamacion, á cuyo frente figura el reputado actor Sr. Banovio; otra de clowns pantomímicos bajo la direccion de Mr. Simpson, del *Cremor Garden* de Lóndres; los célebres hermanos negros *mistrel* de la *Alhambra de Lóndres* Raynor, y otras varias diversiones que tendremos lugar de apreciar.

La recepcion que tuvo lugar en el palacio de la Presidencia del Consejo de Ministros el dia 12, víspera del santo de la señora duquesa de la Torre, estuvo concurrida y brillante; compitiendo esta aristocrática dama con su distinguida hija Conchita, en belleza, elegancia y galantería.

He dicho, carísimas lectoras; ahora á vosotras toca juzgar el juicio del *Revistero*.

VENUSTIANO RODRIGUEZ HUBERT.

Madrid 16 de Junio de 1871.

CHARADAS.

Mi prima con mi segunda

Adjetivo seductor,

Que suele ir dirijido

A algun sér que inspira amor;

La segunda con la prima

En el mar sé que has de hallar;

Pide pues, muy fervorosa,

Que no te haga naufragar;

Mi primera con mi cuarta

Muy prematura al nacer

Hace perder la alegría

Y una lágrima verter;

La tercera con la cuarta

Nombre femenino es

Que cual el todo compone

El de una bella mujer.

Es en latin mi primera

Cierto sustantivo nombre;

Y jamás se ha visto un hombre

Sin el cual vivir pudiera.

Mi primera con segunda

Es morada de los reyes;

En ella se dictan leyes

Do la justicia se funda.

Segunda á primera unida

Es un ligero animal,

Y mi todo al vegetal

Le sostiene y le dá vida.

V.

La solucion de la charada inserta en el número anterior era *Amigas*.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

Se publica desde Junio los dias 8, 16, 24 y 30 de cada mes. Dará ocho páginas á dos columnas, que contendrán artículos y revistas de ciencias, literatura, educacion y otros de interés general, y separadamente para que pueda encuadernarse aparte, ocho páginas de novelas originales españolas. La primera, de la Sra. Saez de Melgar, se titula *El Hogar sin fuego*. Regalará retratos de celebridades, pliegos de dibujos y patrones, y un figurin de modas cada estacion.

PRECIOS Y PUNTOS DE SUSCRICION.

Un trimestre, en Madrid 12 rs. — Semestre 24. Provincias: trimestre 15 rs. — Semestre 30. Estranjero y Ultramar: Un año 100 rs. — Un semestre 60.

Se suscribe en las principales librerías de Madrid y provincias y en todas las administraciones de Correos de España, y en la administracion, Valverde, 16, bajo.

MADRID: 1871.—Imprenta de los Sres. Rojas,
Valverde, 16, bajo.